

Las producciones y procesiones intradivinas en general

1. El examen creyente de la realidad trinitaria de Dios tiene que tratar de resolver sobre todo la cuestión de cómo se compaginan en Dios la unidad de la esencia divina y la Trinidad de las Personas. A la solución de esta cuestión está consagrada la exposición relativa a las procesiones intradivinas.

Dios no sólo nos ha revelado el hecho de su vida divina trinitaria, sino que además nos ha permitido que podamos formarnos una idea de las relaciones vivas que median entre las tres Personas divinas. Las Personas divinas no sólo están unidas indisolublemente, sino que además se condicionan mutuamente y realizan de este modo el más fructífero intercambio vital. Más aún: cabe afirmar que su existencia depende de la entrega mutua, del intercambio de vida. El intercambio vital consiste en que una Persona produce a la otra: una Persona procede de la otra. Esto es lo que se designa con las expresiones «procesiones» y «producciones» intradivinas.

El tremendo movimiento vital que media entre las tres Personas divinas procede del Padre, la primera Persona divina, y se lanza a través del Hijo hasta la última Persona divina, hasta el Espíritu Santo.

2. Las procesiones divinas son fenómenos vitales inmanentes. Quedan dentro de la esencia divina. De esta manera se distinguen

de la actuación trascendente que Dios lleva a cabo en la obra de la Creación (*actio inmanens* y *actio transiens*).

Un ejemplo de producción inmanente lo constituye la relación entre el pensamiento y el espíritu. El espíritu produce el pensamiento, y éste, por su parte, es un perfeccionamiento del espíritu, dentro del cual permanece. Un ejemplo de producción trascendente es la relación entre los padres y el hijo.

Las producciones divinas no deben ser consideradas como movimientos espaciales o temporales, sino como fundamentación del orden vital, de la vida y de la existencia en Dios.

Las producciones divinas no son un desarrollo gradual de la actividad divina. A diferencia de lo que sucede con la actividad humana, la divina no surge de los abismos y oscuridades de la esencia, para obtener así una forma claramente delineada. La procesión divina no es tampoco un proceso lento, gradual, sucesivo, mediante el cual lo producido saliese del fondo paternal y maternal para obtener de este modo la existencia personal e independiente. Antes bien, la producción divina es una eterna causación, mediante la cual una Persona procede de la otra; una originación que se le realiza en un acto de fuerza e interioridad inconmensurables (*origo unius ab alio*). La procesión es, pues, la eterna producción de una Persona por la otra.

Cuando se habla de producción es preciso no entender esta expresión en sentido pasivo, del mismo modo que se produce algo en la esfera de lo terreno, ya sea una obra, ya sea una persona humana producida en un acto de generación y dotada de ser y valor autónomos. En estos casos lo producido se comporta sólo pasivamente. En Dios, por el contrario, una Persona es producida de tal modo que ella, por su parte, afirma con suprema claridad de conocimiento su propia producción y la recibe con ardoroso amor y alegría absoluta. Por consiguiente, su producción (el ser producida) es una procesión real, un proceder. Más aún: la procesión comporta una actividad infinitamente superior a la acción creadora dentro de la esfera terrena. De esto se hablará detalladamente en la doctrina sobre las relaciones divinas. Es verdad que se habla de procesiones pasivas; pero en este caso se trata de una manera de expresión análoga, en tanto que las procesiones en Dios, según nuestra manera de concebir, presentan semejanzas con la producción pasiva de una criatura por medio de otra. En Dios no pueden darse procesos pasivos entendidos en sentido estricto, puesto que en Él es todo *actus purus*, pura realidad activa.

Las procesiones y producciones divinas no se verifican en un proceso temporal y no implican una sucesión de actos. La existencia de la Persona producida no es el resultado de una actividad divina temporal; las procesiones y producciones son actos eternos, actos que carecen de un antes y de un después.

3. *En Dios hay procesiones inmanentes debido a las cuales las Personas divinas son o producentes o producidas.* (Dogma de fe.)

a) Expresan este hecho las decisiones eclesiásticas arriba mencionadas. (Véase el símbolo niceno-constantinopolitano; además, el cuarto Concilio Lateranense y el símbolo atanasiano, § 43.)

b) En muchos pasajes la Sagrada Escritura testifica la existencia de procesiones y de producciones divinas. Según *Io.* 15, 26, Cristo mismo declara: «... os enviaré de cabe el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre.» Son sobre todo las palabras Padre e Hijo las que testifican la existencia de procesiones y de producciones divinas. Esas denominaciones, aplicadas a las dos primeras Personas, manifiestan además que la producción del Hijo es un engendramiento. (No se puede considerar como testimonio de procesiones divinas el texto *Io.* 8, 42. Es verdad que Cristo dice en él: «Yo he salido y vengo del Padre». Pero como quiera que en el versículo 44 dice de sus oyentes que ellos vienen del diablo, el texto que se refiere a su propia procedencia no deberá ser considerado como un testimonio directo de la procedencia eterna del Padre, sino como testimonio de su pertenencia a éste.)

c) Como ejemplo de la doctrina patristica vamos a señalar el testimonio de San Juan Damasceno (*Sobre la fe ortodoxa*, I, 8; BKV, 21-23): «Del mismo modo creemos también en un Espíritu Santo, Señor y Dispensador de la vida, el cual procede del Padre y reposa en el Hijo, que es adorado y glorificado junto con el Padre y el Hijo, como consubstancial y coeterno; en el Espíritu que viene de Dios, verdadero y eximio, fuente de la sabiduría, de la vida y de la santificación. Es y se llama Dios, lo mismo que el Padre y el Hijo es Increado, Perfecto, Creador, Señor universal, Operador universal, Omnipotente, Infinito, Poderoso; domina sobre todas las criaturas, pero no es dominado por nadie; deifica, pero no es deificado; llena, pero nadie le llena; otorga la participación, pero no participa; santifica, pero no es santificado; es Abogado, puesto que se hace cargo de todas las súplicas. Es totalmente igual al Padre y al Hijo. Sale del Padre, el Hijo le comunica y todas las criaturas le reciben. Lo crea todo por sí mismo, comunica a todo la esencia, santifica y une. Subsiste en su propia hipóstasis sin separarse ni alejarse del Hijo. Posee todo lo que poseen el Padre y el Hijo, excepto la paternidad y la filiación. Porque el Padre carece de principio y no ha sido engendrado, no procede de

nadie, tiene de por sí el ser y no ha recibido de nadie todo lo que posee. Antes bien: es principio natural de todo lo que es y causa de la esencia. El Hijo viene del Padre, pero no por vía de engendramiento, sino procediendo de Él. Sabemos bien que el engendramiento y la salida son cosas diferentes. Pero no conocemos la esencia de esa diferencia. Como quiera que sea, el engendramiento del Hijo y la salida del Espíritu Santo son fenómenos simultáneos.

Por consiguiente, todo lo que el Hijo posee lo posee también el Espíritu Santo, habiéndolo recibido del Padre, incluso el ser mismo. Si el Padre no existiera, no existirían tampoco ni el Hijo ni el Espíritu Santo. A causa del Padre, es decir, porque el Padre existe, existen también el Hijo y el Espíritu Santo. Y a causa del Padre, el Hijo y el Espíritu tienen todo lo que poseen, es decir, porque el Padre lo posee, excepto la Paternidad, el engendramiento y la procedencia. Pues sólo en lo que concierne estas tres peculiaridades se distinguen las tres Personas divinas. No se diferencian en virtud de la esencia, sino en virtud de la hipóstasis, sin estar separados.

Decimos, pues, que cada uno de los tres tienen una hipóstasis perfecta, negando de esta manera la existencia de una naturaleza compuesta de tres (hipóstasis) imperfectas, y admitiendo la existencia de una esencia única, simple, sobremanera perfecta y acabada, la cual subsiste en tres hipóstasis perfectas. Porque todo lo que se compone de elementos imperfectos no es en absoluto simple. Por el contrario, no puede darse una composición a base de hipóstasis perfectas. Por eso no decimos que la esencia se compone de tres hipóstasis, sino que afirmamos que la esencia subsiste en tres hipóstasis. Hemos hablado de lo imperfecto, o sea, de lo que no contiene la esencia de las cosas que se hacen con ello. La piedra, la madera y el hierro! cada una de estas cosas es perfecta en su naturaleza. Pero son imperfectas con respecto a la casa que se hace con ellas. Porque ninguna de ellas es de por sí la casa.

Decimos, pues, que las hipóstasis son perfectas para no pensar en una composición de la naturaleza divina. En efecto, la composición es causa de la separación. Afirmamos también que las tres Personas están las unas en las otras para no introducir una multitud y grupo de dioses. Las tres hipóstasis excluyen según nuestro modo de pensar la composición y la promiscuidad; mientras que la consustancialidad y la circuminsesión (*perikoresis*) de las hipóstasis, así como la identidad de la voluntad, de la actividad, de la fuerza, del poder y de la eficiencia nos permiten reconocer, por decirlo así, la inseparabilidad y unidad de Dios. Porque en realidad de verdad no hay más que un solo Dios, el Dios y la Palabra y su Espíritu».

4. Aunque el fundamento último de la Trinidad de Dios consiste en la plenitud de la perfección divina y esencial, conviene observar que las Personas divinas no surgen directamente de la esencia divina mediante procesos vitales yuxtapuestos. La esencia en cuanto tal no es el principio generador y aspirador, no es tampoco el yo personal engendrado o inspirado. Este estado de cosas fué expresamente constatado por el cuarto Concilio Lateranense (1215) contra doctrinas expuestas por el abad Joaquín de Fiore y de acuer-

do con las enseñanzas de Pedro Lombardo, siendo, por consiguiente, un dogma de la fe cristiana.

Una Persona dada no es, pues, a la vez productora y producida. El Padre es quien engendra al Hijo, el Padre y el Hijo son los que, a modo de principio único, espiran al Espíritu Santo; el Hijo es el engendrado, el Espíritu Santo es el espirado.

Ahora bien: el Padre engendra en tanto que posee la plenitud vital absoluta y la potencia de existencia; mejor dicho, en tanto que es la plenitud vital absoluta y la potencia de existencia, la cual es idéntica con el ser divino (*esentia, substantia*). Por consiguiente, el fundamento de su fructífera actividad, ya sea que se trate de la generación o de la espiración, consiste en la plétórica plenitud de la vida esencial divina, que es idéntica con Él. (Por eso se dice que la esencia es el *principium quo*, y las Personas, el *principium quod*.)

Como quiera que sólo las Personas en cuanto tales producen y proceden, la esencia de Dios en cuanto tal no se multiplica. Mantiene su unicidad a pesar de los fecundos procesos vitales intradivinos. Las procesiones son sólo la causa de que esa esencia exista como idéntica según tres modos distintos. Por poseer la plenitud de la vida divina esencial; mejor dicho, por ser esa plenitud, el Padre produce al Hijo, el cual es también la plenitud de la vida divina. La Sagrada Escritura llama generación a esta producción. El Padre y el Hijo, que son la misma e idéntica plenitud esencial de la vida divina, producen al Espíritu Santo, el cual, por su parte, es también la plenitud esencial de la vida divina. En la Sagrada Escritura no encontramos un nombre apropiado para esta producción.

Como quiera que la esencia de Dios es de por sí, es preciso afirmar que las tres Personas son «de por sí» acto puro. La plenitud de vida que existe bajo la forma de Padre, bajo la forma de Hijo, bajo la forma de Espíritu Santo, es decir, la plenitud de vida que existe según tres modos personales realmente distintos, tiene en sí misma su fundamento, o sea, la corresponde como nota esencial característica el ser «de por sí». A ello se añade, como ya indicamos arriba, el hecho de que las Personas que proceden conocen y afirman con agrado su origen desde el primer momento de su producción, o para expresarnos con más precisión, a partir de su eterna subsistencia. Por consiguiente, se afirman también a sí mismas con existencia incondicional. También esto puede considerarse como el fundamento de que son «de por sí».

TEOLOGIA DOGMÁTICA

Teniendo en cuenta que tanto la Persona productora como la producida son y tienen la misma e idéntica esencia, se comprende el verdadero sentido de determinadas expresiones empleadas frecuentemente por los Santos Padres y por la liturgia: «esencia de la esencia», «luz de la luz», «sabiduría de la sabiduría», «Dios de Dios». Quieren decir que el Hijo, el cual es idéntico con la esencia, proviene de Dios, el cual, por su parte, es también idéntico con la esencia; o sea, que tiene validez lo siguiente: Esencia = Hijo de la esencia = Padre, etc. Es preciso tener en cuenta que la esencia no pierde su identidad indisoluble y que sólo se multiplican los modos de su existencia.

5. Supuesto que en Dios hay tres Personas, habrá dos producciones y dos procesiones.